

EL "FIFÍ"

Mimí Derba*

¿Qué tipo no desfilará por un escenario? ¿Qué miseria dejará de pasar ante los ojos de un artista?... ¡Trágico desfile, del cual acaso formamos parte! Tipos dolorosos, ridículos, desdichados, raros, que llegan, pasan y se alejan, y todos y cada uno dejan en mí una pena, una enseñanza, una pregunta más que no puedo contestarme...

El fifí, por ejemplo. ¿Quién no conoce este tipo descreído, impertinente y hueco, que pasea su aburrimiento y tontería por calles, teatros y cafés? El fifí es, para la mayoría, la frivolidad vestida a la última moda. Para mí es algo más pobre, más doloroso. El fifí es un paria en la sociedad, a pesar de que casi todos ellos son hijos de buenas familias; pero en sus casas son unos extraños, sus vicios los alejan de los suyos. Por eso se buscan unos a otros, porque entre sí no hay reproches, ni consejos, ni recriminaciones. En el fondo de esa frivolidad existe un cansancio real de la vida, un loco deseo de vivir pronto, para acabar cuanto antes. La morfina, la cocaína, la heroína, el éter, la marihuana, el alcohol, etc., son sus mejores y únicos amigos y a ellos se acogen cobardemente porque les asusta la vida...

¡Pobres extraviados! ¡Pobres almas perdidas en un mundo falso, cruel, insondable en su negrura!... ¡Pobres espíritus degenerados, abandonados de Dios y de los hombres!... ¡Pobres corazones que permanecen siempre mudos, siempre cerrados, siempre indiferentes hasta ante el llanto de una madre!

La noche cae sobre la ciudad, lenta y negra, como sobre el alma una pena. Las calles principales vense inundadas de transeuntes, de carruajes; los focos de la luz eléctrica se encienden unos tras otros, como enor-

mes ojos de seres fantásticos. Yo, acompañada de una amiga, camino trabajosamente por la avenida Madero; llegamos ante las puertas del Globo e invito a mi acompañante a tomar algo antes de ir al trabajo. Aceptada mi invitación, entramos al café. A esa hora, (las siete) la sala está casi desierta. Un anciano octogenario, en un rincón, toma lentamente una taza de chocolate, mientras sus cansados ojos recorren las columnas de un periódico de la tarde. Dos americanos, en otra mesilla, toman té, fuman y hablan grvemente. Los mozos, con la blanca servilleta al hombro, esperan la llegada de los parroquianos; los músicos preparan los papeles pautados, afinan sus instrumentos esperando también la hora de empezar sus labores. Mi amiga y yo nos instalamos en una mesa frente a la puerta, y después de hacer el pedido, reanudamos nuestra conversación. La puerta que tenemos al frente empieza a "decorarse" con la instalación de algunos elegantes desocupados. Veo a un conocido "viejo verde" que sonríe a todos, que saluda con grandes reverencias y que florea a todas las mujeres que pasan a su lado; a un periodista que tiene a su cargo una sección de chismes y cuentos y que husmea por todas partes; a un artista que se exhibe antes de la "moda" y que discute a gritos de arte y de artistas, con un autor completamente "modernista", y por último a un fifí, "de pura raza".

El susodicho fifí, fastidiado quizá del monótono desfile, entra al café y viene a sentarse en una mesa cercana a la nuestra. Yo lo miro con curiosidad, casi con interés. Es un joven de una edad difícil de atinar, de estatura mediana, delgado, o por mejor decir, flaco, de rostro perfectamente bien afeitado, de piel casi transparente, de ojos oscuros y vagos, de labios delgados y flojos. Viste irreprochablemente; traje oscuro, zapatos de charol, sombrero de fieltro y verde oscuro, corbata en el mismo tono, guantes amarillos y pañuelo de seda

* Nombre con el que se hizo famosa Herminia Pérez de León. Actriz, escritora e intérprete de zarzuelas y operetas en los años veinte



en el bolsillo de la americana. Se quita el sombrero que llevaba hundido hasta el cogote y aparece la frente pálida y amplia y los cabellos, de un rubio amarillento, peinados hacia atrás. Nuestro fifí se instala, deja el sombrero sobre una silla que tiene cerca, así como el grueso bastón, y con un codo apoyado en la mesa y la cara en la mano, queda inmóvil. ¿Duerme? ¿Medita? ¡Quién lo sabe!

El mozo se acerca con la lista en la mano. Él levanta la cabeza y fija una mirada estúpida en el sirviente. Rechaza la lista.

—Tráeme una taza de té y una copa de agua con hielo, dice con desgano. El mozo se aleja y el fifí vuelve a caer en su estado de sonambulismo.

En voz baja hago yo un comentario.

—¡Qué miseria de vida! —mi amiga silenciosa mira compasivamente al desdichado.

El mozo trae el pedido. El joven abre los ojos, coge

la copa que le han puesto delante y toma de un solo trago el agua helada; aquella frescura en sus labios parece reanimarlo un poco. Poco después saca de uno de los bolsillos del chaleco una cajita redonda, la abre, con sus dedos torpes como los de un viejo, coge una pequeña dosis de un polvillo blanco y brillante, se la lleva a la nariz y la absorbe con fruición.

—¿Qué toma? —me pregunta mi amiga con los ojos muy abiertos.

—Cocaína —contesto en voz baja.

El fifí, después de poner azúcar al té, empieza a tomarlo lentamente... Sus ojos se animan, sus mejillas se coloran ligeramente y por sus labios pasa una sonrisa. Terminada la taza de té, llama al mozo, paga y sale, con el sombrero hundido hasta el cogote, con el grueso bastón colgado del brazo y calzándose los guantes con una indolencia que no carece de elegancia. Se detiene un momento en la puerta, mira pasar la vida ante él, y sus ojos tienen un destello y sus labios una sonrisa osada y firme. ¡El mundo es suyo! ¡La vida es toda para él! Enciende un cigarro y se pierde entre la multitud con el gesto audaz de un conquistador de leyenda...

Estas grandes miserias, estas profundas llagas de la humanidad me entristecen; no puedo pasar cerca de ellas sin sentir dentro de mí una profunda piedad o un horror invencible. Yo solo veo con indiferencia aquello que no me llega, que no está a mi alcance, por demasiado alto o por demasiado bajo... Soy humana y el vicio acaso pudiera algún día destrozarme entre sus garras... Por eso sufro ante él, por eso mi corazón se oprime y tiembla cobardemente al cruzarme en el camino con la interminable y trágica caravana...

México, octubre 22 de 1920. ★